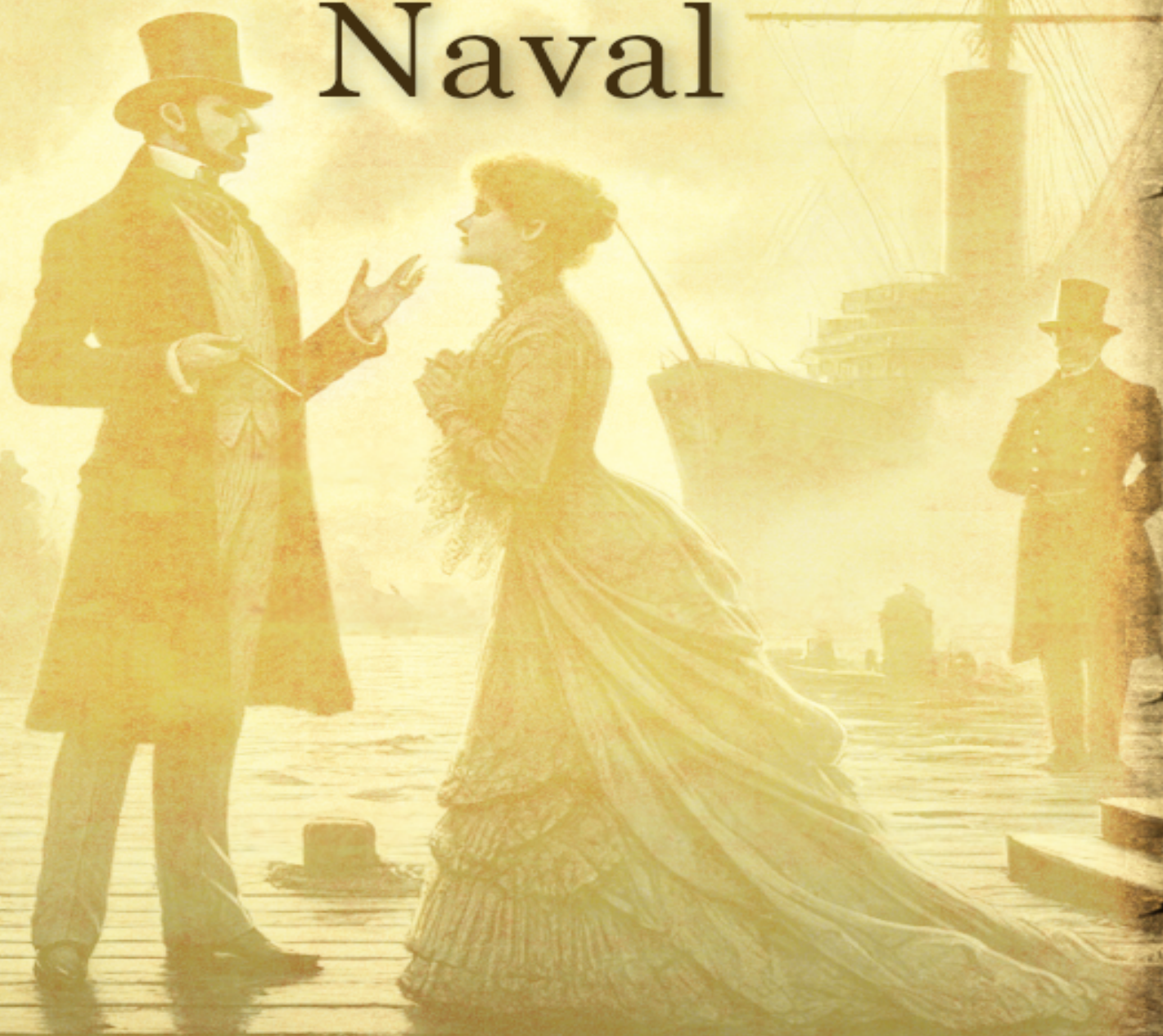


Arthur Conan Doyle

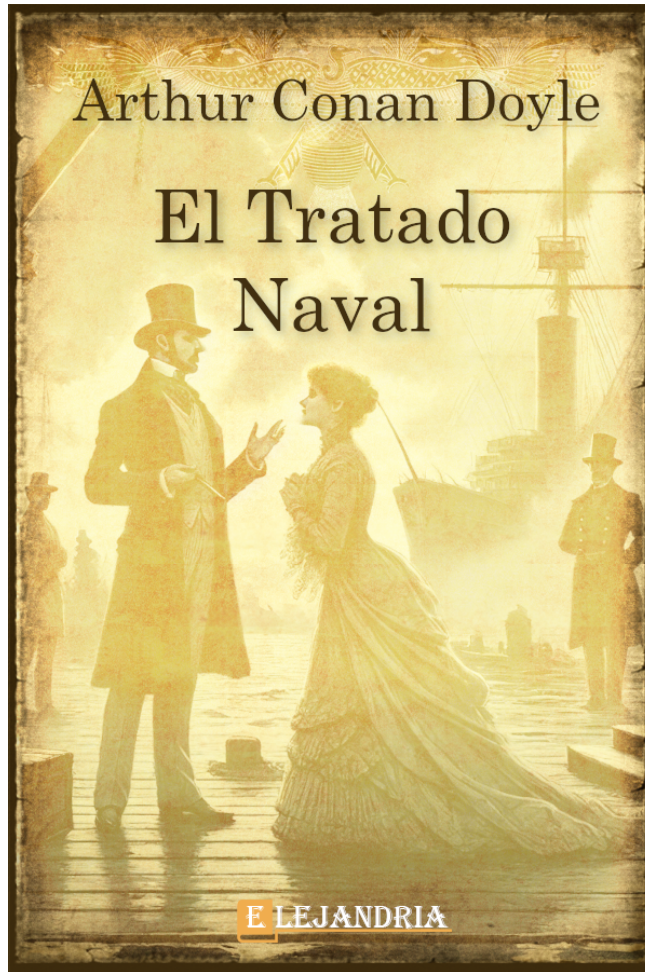
El Tratado
Naval



E LEJANDRIA

Arthur Conan Doyle

El Tratado
Naval



LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL TRATADO NAVAL

ARTHUR CONAN DOYLE

PUBLICADO: 1894

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

EDICIÓN: A. L. BURT, NEW YORK, 1894

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA



EL TRATADO NAVAL

El mes de julio que siguió inmediatamente a mi matrimonio quedó marcado por tres casos de interés en los que tuve el privilegio de asociarme con Sherlock Holmes y de estudiar sus métodos. Los encuentro consignados en mis notas bajo los títulos de «La Aventura

de la Segunda Mancha», «La Aventura del Tratado Naval» y «La Aventura del Capitán Cansado». El primero de ellos, sin embargo, trata de un asunto de tal importancia y compromete a tantas de las familias más destacadas del reino, que durante muchos años será imposible darlo a conocer. No hay caso en el que Holmes se haya involucrado que haya ilustrado tan claramente el valor de sus métodos analíticos o haya impresionado tan profundamente a quienes le acompañaron. Conservo aún un relato casi literal de la entrevista en la que demostró a Monsieur Dubugue, de la policía de París, y a Fritz von Waldbaum, el muy conocido especialista de Dantzig, los verdaderos hechos del caso, ambos habiendo malgastado sus energías en lo que resultó ser secundario. No obstante, el nuevo siglo habrá llegado antes de que la historia pueda contarse con seguridad. Mientras tanto, paso al segundo de mi lista, que en su día también prometió ser de importancia nacional y estuvo marcado por varios incidentes que le confieren un carácter absolutamente singular.

Durante mis años escolares estuve íntimamente ligado a un muchacho llamado Percy Phelps, de mi misma edad, aunque él cursaba dos clases más avanzadas que yo. Era un chico muy brillante, y se llevó todos los premios que el colegio ofrecía; culminó sus proezas ganando una beca que le abrió las puertas para continuar su triunfal carrera en Cambridge. Recuerdo que estaba extremadamente bien relacionado, y desde que éramos niños sabíamos que el hermano de su madre era Lord Holdhurst, el gran político conservador. Esa ostentosa relación le servía de poco en el colegio. Al contrario, nos resultaba bastante gracioso hostigarlo en el patio y darle palizas con un palo. Pero era otra cosa cuando salía al mundo. Escuché vagamente que sus aptitudes y las influencias que poseía le habían conseguido un buen puesto en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y luego se me olvidó por completo hasta que la siguiente carta le recordó su existencia:

—Briarbrae, Woking.

—MI QUERIDO WATSON: No tengo duda de que recuerdes a «Rana» Phelps, que estaba en quinto de cuando tú cursabas el tercero. Es posible incluso que hayas oído que, gracias a la influencia de mi tío, obtuve un buen puesto en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y que me encontraba en una situación de confianza y honor hasta que una horrible desgracia truncó de repente mi carrera.

—No sirve de nada relatar los detalles de aquel espantoso suceso. En caso de que accedas a mi petición, es probable que tenga que narrártelos. Apenas me he recuperado de nueve semanas de fiebre cerebral y aún me siento sumamente débil. ¿Crees que podrías traer a tu amigo el señor Holmes a verme? Me gustaría conocer su opinión sobre el asunto, aunque las autoridades me aseguran que no cabe hacer nada más. Procura traerlo lo antes posible. Cada minuto se hace una eternidad mientras vivo en este estado de horrible suspense. Hazle saber que si no pedí su consejo antes, no fue por no apreciar sus talentos, sino porque he estado fuera de mí desde el golpe. Ahora estoy lúcido otra vez, aunque no me atrevo a pensarlo mucho por temor a recaer. Sigo tan débil que, como ves, tengo que escribir dictando. Haz tu mayor esfuerzo por traerlo.

—Tu antiguo compañero de escuela,
Percy Phelps.

Algo en esa carta me conmovió, algo lamentable en la reiterada súplica de traer a Holmes. Me sentí tan conmovido que, aun sabiendo que sería difícil, habría intentado hacerlo; pero, por supuesto, sabía bien que Holmes amaba su arte, por lo que siempre estaba tan presto a ofrecer su ayuda como su cliente a recibirla. Mi esposa coincidió en que no debía perder ni un instante en poner el asunto en sus manos, y así, a poco más de una hora del desayuno, me encontré de nuevo en aquellas antiguas estancias de Baker Street.

Holmes estaba sentado junto a su mesa de noche, vestido con bata, y absorto en una investigación química. Un gran matraz curvo hervía furiosamente en la llama azulada de un mechero Bunsen, y

las gotas destiladas se condensaban en un recipiente de dos litros. Mi amigo apenas levantó la vista al verme entrar, y yo, al notar que su investigación debía ser de importancia, me acomodé en un sillón y esperé. Sumergía de aquí para allá una botella, extrayendo unas gotas de cada una con su pipeta de vidrio, hasta que finalmente llevó a la mesa un tubo de ensayo con una solución. Con la mano derecha sostenía un trozo de papel tornasol.

—Llegas en un momento crítico, Watson —dijo—. Si este papel se mantiene azul, todo estará bien. Si se torna rojo, significa la vida de un hombre.

Lo sumergió en el tubo y, al instante, se tornó de un rojo opaco y sucio.

—¡Ajá! ¡Lo sabía! —exclamó—. Estaré a tu servicio en un instante, Watson. Encontrarás tabaco en la zapatilla persa.

Se volvió hacia su escritorio y garabateó varios telegramas, que fueron entregados al mozo de recados. Luego se dejó caer en el sillón frente a mí y dobló las rodillas hasta que sus dedos rodearon sus largos y delgados espinillas.

—Un asesinato muy común —comentó—. Creo que tú tienes algo mejor. Eres la petrel tempestuosa del crimen, Watson. ¿De qué se trata?

Le entregué la carta, que leyó con la máxima concentración.

—No nos dice mucho, ¿verdad? —comentó, devolviéndomela.

—Apenas nada.

—Y, sin embargo, la letra resulta interesante.

—Pero la letra no es de él.

—Precisamente. Es de una mujer.

—¡Seguro que es de un hombre! —exclamé.

—No, es de una mujer, y de una mujer de carácter excepcional. Verás, al comenzar una investigación es importante saber que tu

cliente está en estrecho contacto con alguien que, por buenos o malos motivos, tiene una naturaleza fuera de lo común. Mi interés en el caso ya ha sido despertado. Si estás listo, partiremos de inmediato hacia Woking para ver a ese diplomático que se encuentra en tan lamentable situación y a la dama a quien dicta sus cartas.

Tuvimos la suerte de coger un tren temprano en Waterloo, y en poco menos de una hora nos encontrábamos entre los abetos y el brezo de Woking. Briarbrae resultó ser una gran casa independiente situada en extensos terrenos, a pocos minutos a pie de la estación. Al presentar nuestras tarjetas, nos condujeron a un elegante salón, donde en pocos minutos se unió a nosotros un hombre regordete que nos recibió con gran hospitalidad. Su edad rondaba más los cuarenta que los treinta, pero sus mejillas eran tan sonrosadas y sus ojos tan alegres que aún daba la impresión de ser un muchacho regordete y travieso.

—Me alegra tanto que hayan venido —dijo, estrechándonos la mano efusivamente—. Percy ha estado preguntando por ustedes toda la mañana. ¡Ay, pobrecito! Se aferra a cualquier brizna. Su padre y su madre me pidieron que los recibiera, pues tan solo mencionar el asunto les produce un dolor tremendo.

—Todavía no tenemos detalles —observó Holmes—. Percibo que usted no es miembro de la familia.

Nuestro conocido se mostró sorprendido y, bajando la mirada, comenzó a reír.

—Claro que vio el monograma "J H" en mi relicario —dijo—. Por un momento pensé que habrían hecho algo astuto. Mi nombre es Joseph Harrison, y como Percy se va a casar con mi hermana Annie, al menos seré un pariente por afinidad. Encontrarán a mi hermana en su habitación, ya que ella lo ha cuidado de pies a cabeza estos dos meses atrás. Será mejor que entremos de inmediato, que sé lo impaciente que es.

La habitación a la que nos condujeron estaba en el mismo piso que el salón. Se amueblaba en parte como sala de estar y en parte

como dormitorio, con flores dispuestas con delicadeza en cada rincón. Un joven, muy pálido y demacrado, yacía sobre un sofá cerca de la ventana abierta, por la que se colaba el rico aroma del jardín y el aire veraniego y cálido. Una mujer se sentaba a su lado, y se levantó al vernos entrar.

—¿Me dejo, Percy? —preguntó.

Él le sostuvo la mano para retenerla.

—¿Cómo está, Watson? —dijo cordialmente—. Jamás te hubiera reconocido con ese bigote, y me atrevería a decir que no estarías dispuesto a jurarme nada. Supongo que este es tu célebre amigo, el señor Sherlock Holmes.

Lo presenté brevemente, y ambos tomamos asiento. El regordete se había marchado, pero su hermana seguía allí, con la mano entrelazada con la del enfermo. Era una mujer de aspecto llamativo, algo baja y corpulenta para la simetría, pero con una hermosa tez oliva, grandes ojos italianos y oscuros, y una abundante cabellera de un negro profundo. Sus ricos matices hacían que el rostro pálido de su acompañante pareciera aún más desgastado y demacrado por el contraste.

—No les quitaré más tiempo —dijo él, enderezándose en el sofá—.

—Me zambulliré en el asunto sin más preámbulo. Yo era un hombre feliz y exitoso, señor Holmes, y en vísperas de casarme, cuando de repente una desgracia terrible destrozó todas mis perspectivas de vida.

—Estaba, como quizá te haya contado Watson, en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y gracias a las influencias de mi tío, Lord Holdhurst, ascendí rápidamente a un puesto de responsabilidad. Cuando mi tío se convirtió en ministro de Asuntos Exteriores de este gabinete, me encomendó varias misiones de confianza, y al ver que siempre las llevaba a buen término, llegó el momento de depositar en mí la máxima confianza en mi capacidad y tacto.

—Hace casi diez semanas —para ser exactos, el 23 de mayo—, me llamó a su despacho privado y, después de felicitarme por el buen trabajo realizado, me informó que tenía para mí una nueva comisión de confianza.

—«Esto», —dijo, sacando un rollo de papel gris de su escritorio—, «es el original de ese tratado secreto entre Inglaterra e Italia del que, lamento decir, ya han circulado algunos rumores en la prensa. Es de suma importancia que nada más se filtre. La embajada francesa o la rusa pagarían una suma inmensa por conocer el contenido de estos papeles. No deben salir de mi despacho salvo que sea absolutamente necesario copiarlos. ¿Tienes un escritorio en tu oficina?»

—«Sí, señor.»

—«Entonces toma el tratado y guárdalo allí. Daré instrucciones para que te quedes cuando los demás se vayan, para que puedas copiarlo a tu antojo sin miedo a que te vigilen. Cuando hayas terminado, vuelve a guardar tanto el original como el borrador en el escritorio y entrégalos personalmente a mí mañana por la mañana.»

—Tomé los papeles y—

—«Disculpa un momento» —interrumpió Holmes—. «¿Estabas solo durante esta conversación?»

—Absolutamente.

—«¿En un despacho amplio?»

—Treinta pies en cada dirección.

—«¿En el centro?»

—Sí, más o menos.

—«¿Y hablando en voz baja?»

—La voz de mi tío es siempre notablemente baja. Apenas hablé.

—«Gracias» —dijo Holmes, cerrando los ojos—. «Prosigue, te ruego.»

—Hice exactamente lo que me indicó y esperé a que los demás empleados se retiraran. Uno de ellos, Charles Gorot, que trabajaba en mi habitación, tenía algunos trabajos atrasados, así que lo dejé allí y salí a cenar. Cuando volví, él ya no estaba. Tenía urgencia por apresurar mi trabajo, pues sabía que Joseph —el señor Harrison que acabáis de ver— estaba en la ciudad, y que tomaría el tren de las once hacia Woking; y yo deseaba, en la medida de lo posible, alcanzarlo.

—Al examinar el tratado, vi de inmediato que era tan importante que mi tío no había exagerado en lo que dijo. Sin entrar en detalles, puedo decir que definía la posición de Gran Bretaña frente a la Triple Alianza y prefiguraba la política que seguiría este país en caso de que la flota francesa lograra una completa superioridad sobre la italiana en el Mediterráneo. Los puntos tratados eran puramente navales. Al final figuraban las firmas de los altos dignatarios que lo habían suscrito. Eché un vistazo rápido y luego me dispuse a copiarlo.

—Se trataba de un extenso documento, redactado en francés, y compuesto de veintiséis artículos separados. Copié tan rápido como pude, pero a las nueve había completado apenas nueve artículos, y me parecía imposible alcanzar el tren. Me sentía adormilado y estúpido, en parte por la cena y en parte por los efectos de una larga jornada de trabajo. Una taza de café aclararía mi mente. Un dependiente permanece toda la noche en una pequeña caseta al pie de las escaleras y tiene por costumbre preparar café en su lámpara de alcohol para cualquier funcionario que trabaje horas extras. Toqué el timbre, por tanto, para llamarlo.

—Para mi sorpresa, fue una mujer quien atendió el llamado: una anciana de rostro tozudo, con un delantal. Explicó que era la esposa del dependiente, quien se encargaba del encendido, y yo le pedí que preparara el café. Escribí dos artículos más y, sintiéndome más adormilado que nunca, me levanté y caminé por la habitación para estirar las piernas. El café aún no había llegado, y me preguntaba cuál podría ser la causa del retraso. Abriendo la puerta, salí al pasillo

para averiguarlo. Se trataba de un corredor recto, tenuemente iluminado, que partía de la habitación en la que trabajaba y era la única salida de ella. Terminaba en una escalera curvada, con la caseta del dependiente en el pasillo al final. A mitad de esa escalera hay un pequeño descansillo, del que se bifurca otro pasaje en ángulo recto. Este segundo conduce, mediante una pequeña escalera, a una puerta lateral utilizada por el servicio y también como atajo por los empleados que venían desde Charles Street. Aquí tienen un croquis aproximado del lugar.

—«Gracias. Creo entenderte perfectamente», dijo Sherlock Holmes.

—«Es de suma importancia que observes este detalle. Bajé las escaleras y entré en el vestíbulo, donde encontré al dependiente dormido en su caseta, con la tetera hirviendo furiosamente sobre la lámpara de alcohol. Quité la tetera y apagué la lámpara, ya que el agua salpicaba por el suelo. Entonces extendí mi mano y estaba a punto de sacudir al hombre, que aún dormía profundamente, cuando una campana sobre su cabeza sonó fuerte, y se despertó de un sobresalto.

—«¡Señor Phelps!» —exclamó, mirándome atónito.

—«Bajé a ver si mi café estaba listo.»

—«Estaba hirviendo la tetera cuando me dormí, señor.» Miró a mi cara y luego a la campana, que aún temblaba, con un asombro cada vez mayor en su rostro.

—«Si usted estaba aquí, señor, ¿quién fue el que hizo sonar la campana?»

—«¡La campana!» —exclamé—. «¿Qué campana es esa?»

—«Es la campana de la habitación en la que trabajabas.»

Una mano helada pareció apretar mi corazón. Alguien, entonces, había estado en esa habitación donde reposaban mis tan preciados papeles sobre la mesa. Corrí frenéticamente escaleras arriba y por el pasillo. No había nadie en los corredores, señor Holmes. No había

nadie en la habitación. Todo estaba exactamente como lo dejé, salvo que los papeles que me habían sido encomendados habían desaparecido del escritorio donde yacían. La copia seguía allí, pero el original había desaparecido.

Holmes se incorporó en su sillón y se frotó las manos. Pude ver que el problema le afectaba profundamente.

—«Dime, ¿qué hiciste entonces?» —musitó.

—En un instante reconocí que el ladrón debía haber subido por las escaleras desde la puerta lateral. Por supuesto, si hubiera venido por el otro camino, me lo habría cruzado.

—«¿Estás seguro de que no pudo haberse ocultado en la habitación o en el corredor del que acabas de hablar, ese tenuemente iluminado?»

—«Es absolutamente imposible. Ni siquiera una rata podría ocultarse en la habitación o en el corredor. No hay ningún resguardo.»

—«Gracias. Prosigue, te ruego.»

—«El dependiente, al notar por mi rostro pálido que algo era de temer, me siguió hasta arriba. Entonces, los dos corrimos por el pasillo y descendimos las empinadas escaleras que conducen a Charles Street. La puerta al final estaba cerrada, pero sin llave. La abrimos de un empujón y salimos corriendo. Recuerdo claramente que al hacerlo sonaron tres campanadas de un reloj cercano. Eran las diez menos cuarto.»

—«Eso es de enorme importancia» —dijo Holmes, tomando nota en el puño de su camisa.

—«La noche estaba muy oscura, y caía una llovizna fina y templada. No había nadie en Charles Street, pero como de costumbre en Whitehall se movía un gran tráfico en el extremo. Corrimos por la acera, sin sombrero, y en la esquina más alejada encontramos a un policía de pie.»

—«Se ha cometido un robo», jadeé yo. «Se ha sustraído un documento de inmenso valor del Ministerio de Asuntos Exteriores. ¿Ha pasado alguien por aquí?»

—«He estado aquí parado durante quince minutos, señor» —dijo él—, «y sólo ha pasado una persona en ese tiempo: una mujer, alta y de edad avanzada, con un chal de paisley.»

—«Ah, esa es solo mi esposa» —exclamó el dependiente—; «¿acaso pasó alguien más?»

—«Nadie.»

—«Entonces debe ser por el otro lado por donde se fue el ladrón» —exclamó el hombre, tirando de mi manga.

—«Pero yo no estaba convencido, y los intentos que hizo por alejarme aumentaron mis sospechas.»

—«¿Por dónde se fue la mujer?» —exclamé.

—«No lo sé, señor. La vi pasar, pero no tenía ninguna razón especial para vigilarla. Parecía tener prisa.»

—«¿Hace cuánto fue eso?»

—«Oh, no muchos minutos.»

—«¿Dentro de los últimos cinco?»

—«Bueno, no pudo haber sido más de cinco.»

—«Está perdiendo el tiempo, señor, y cada minuto cuenta ahora» —exclamó el dependiente—; «créame cuando le digo que mi mujer no tiene nada que ver con esto, y venga al otro extremo de la calle. Bien, si no quiere, yo lo haré.» Y con eso se lanzó en dirección contraria.

—Pero yo lo alcancé enseguida y lo sujeté por la manga.

—«¿Dónde vives?» —pregunté.

—«En el 16 de Ivy Lane, Brixton» —respondió—. «Pero no te dejes llevar por una falsa pista, señor Phelps. Ve al otro extremo de

la calle y veamos si escuchamos algo.»

No habría pérdida en seguir su consejo. Con el policía corrimos, pero sólo para encontrar la calle llena de tráfico, con muchas personas que iban y venían, todas demasiado ansiosas por llegar a un lugar seguro en tan húmeda noche. Nadie parecía capaz de decirnos quién había pasado.

Luego regresamos a la oficina y registramos las escaleras y el pasillo sin obtener resultado alguno. El corredor que llevaba a la habitación estaba cubierto por un tipo de linóleo cremoso que dejaba fácilmente impresa una huella. Lo examinamos con detenimiento, pero no hallamos el contorno de ninguna pisada.

—«¿Había estado lloviendo toda la tarde?»

—«Desde aproximadamente las siete.»

—«Entonces, ¿cómo es posible que la mujer que entró en la habitación alrededor de las nueve no dejara huellas con sus botas embarradas?»

—«Me alegra que lo hayas señalado. Se me ocurrió en ese momento. Las mujeres de servicio tienen por costumbre quitarse las botas en la oficina del dependiente y ponerse zapatillas de casa.»

—«Eso está muy claro. ¿No hubo huellas, entonces, a pesar de que la noche estaba húmeda?»

—«Exacto. Lo único que nos quedaba de evidencia era que la esposa del dependiente —la señora Tangey, se llama— había salido de prisa del lugar. No pudo dar más explicación que era casi la hora en que la mujer siempre se marchaba a casa. El policía y yo acordamos que lo mejor era apresarla antes de que se deshiciera de los papeles, suponiendo que los tuviera.»

—La alarma había llegado ya a Scotland Yard, y el señor Forbes, el detective, acudió de inmediato y se hizo cargo del caso con gran energía. Alquilamos un taxi de cuatro ruedas, y en media hora llegamos a la dirección que nos habían dado. Una joven abrió la puerta; resultó ser la hija mayor de la señora Tangey. Su madre aún

no había regresado, y nos condujeron a la sala principal para esperar.

—Al cabo de unos diez minutos se oyó un golpe en la puerta, y aquí cometimos el único error grave del cual me culpo a mí mismo. En vez de abrir la puerta nosotros, dejamos que lo hiciera la chica. La oí decir: «Madre, hay dos hombres en la casa esperándote», y un instante después se escuchó el correr de pasos por el pasillo. Forbes abrió de par en par la puerta, y los tres corrimos a la despensa o cocina, pero la mujer ya había llegado antes que nosotros. Nos miró con ojos desafiantes y, al reconocirme de repente, su rostro se llenó de asombro absoluto.

—«¡Vaya, si no es el señor Phelps, de la oficina!» —exclamó.

—«Vamos, vamos, ¿a quién pensaste que éramos cuando huyó de ti?» —preguntó mi acompañante.

—«Pensé que eran los corredores», dijo ella, «hemos tenido problemas con un comerciante.»

—«Eso no es del todo convincente» —respondió Forbes—. «Tenemos razones para creer que has tomado un papel importante del Ministerio de Asuntos Exteriores y que entraste aquí para deshacerte de él. Debes acompañarnos a Scotland Yard para que te revisen.»

Fue en vano que protestó y se resistió. Nos trajeron un coche de cuatro ruedas y los tres nos dirigimos de inmediato. Primero se inspeccionó la cocina, especialmente la chimenea, para ver si durante el instante en que estuvo sola había logrado llevarse los papeles. No se hallaron señales de cenizas o restos. Cuando llegamos a Scotland Yard, la entregaron de inmediato a la inspectora femenina. Yo esperé en agonía hasta que volvió con su informe. No había rastro alguno de los papeles.

—Entonces, por primera vez, el horror de mi situación se manifestó con toda fuerza. Hasta entonces había actuado, y la acción había embotado mi pensamiento. Había estado tan confiado en recuperar el tratado de inmediato que no me atreví a pensar en

las consecuencias de fracasar. Pero ahora ya no había nada que hacer, y tuve tiempo para asimilar mi posición. Fue horrible. Watson, tú dirás que en el colegio era un chico nervioso y sensible. Es mi naturaleza. Pensé en mi tío y en sus colegas del gabinete, en la vergüenza que le había causado, en mí mismo y en todos los que estaban vinculados conmigo. ¿Qué importa que haya sido víctima de un accidente extraordinario? No se hacen concesiones cuando están en juego intereses diplomáticos. Quedé arruinado, vergonzosamente, irremediablemente arruinado. No sé qué hice. Creo recordar vagamente que armé un escándalo. Tengo un recuerdo impreciso de un grupo de funcionarios que se agolpó a mi alrededor, tratando de calmarme. Uno de ellos me acompañó hasta Waterloo y me hizo subir al tren de Woking. Creo que habría venido hasta el final si no hubiera sido porque el doctor Ferrier, que vive cerca de mí, viajaba en ese mismo tren. El doctor, muy amable, se hizo cargo de mí, y fue bueno que lo hiciera, pues tuve un ataque en la estación y antes de llegar a casa estaba prácticamente delirando.

—Podéis imaginar el estado de las cosas aquí cuando despertaron a sus camas con el timbre del doctor y me encontraron en ese estado. Pobrecita Annie y mi madre estaban desconsoladas. El doctor Ferrier acababa de enterarse, a través del detective en la estación, de lo sucedido, y su relato no mejoraba las cosas. Era evidente para todos que me esperaba una larga enfermedad, así que a Joseph se le sacó de aquel alegre dormitorio y se transformó en una enfermería para mí. Aquí he permanecido, señor Holmes, más de nueve semanas, inconsciente y delirante por fiebre cerebral. Si no hubiera sido por la señorita Harrison y los cuidados del doctor, no estaría hablándoles ahora. Ella me cuidó de día y una enfermera contratada me atendió por la noche, pues en mis ataques de delirio era capaz de cualquier cosa. Poco a poco mi razón ha regresado, pero han sido apenas los últimos tres días en los que mi memoria ha vuelto por completo. A veces desearía que nunca hubiera vuelto. Lo primero que hice fue enviar un telegrama al señor Forbes, que llevaba el caso. Él acudió y me asegura que, a pesar de todo, no se ha hallado rastro alguno. El dependiente y su esposa fueron

examinados de cualquier modo sin arrojar luz alguna sobre el asunto. Las sospechas de la policía cayeron entonces sobre el joven Gorot, quien, como recordaréis, se quedó trabajando aquella noche. Su permanencia y su nombre francés fueron, en realidad, los únicos indicios que pudieron levantar sospechas; pero, de hecho, yo no comencé a trabajar hasta que él se había ido, y sus gentes son de origen hugonote, pero tan inglesas en simpatía y tradición como tú y yo. No se encontró nada que lo inculpara, y así el asunto se dejó caer. Recorro a ti, señor Holmes, como mi última esperanza absoluta. Si me fallas, mi honor y mi posición quedarán para siempre perdidos.

El enfermo se hundió en sus cojines, agotado por tan largo relato, mientras su enfermera le servía un vaso de algún estimulante. Holmes permaneció en silencio, con la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados, en una actitud que a un extraño podría parecer apática, pero que yo sabía indicaba la más intensa introspección.

—«Tu declaración ha sido tan explícita», dijo finalmente, «que realmente me ha dejado muy pocas preguntas por hacer. Sin embargo, hay una de suma importancia: ¿le dijiste a alguien que tenías esta tarea especial que realizar?»

—«A nadie.»

—«¿Ni a la señorita Harrison, por ejemplo?»

—«No. No volví a Woking entre que recibí la orden y ejecuté la comisión.»

—«¿Y ninguno de tus empleados fue a verte por casualidad?»

—«Ninguno.»

—«¿Sabían ellos moverse en la oficina?»

—«Oh, sí, todos les mostraron el lugar.»

—«Aun así, claro que, si no dijiste nada a nadie sobre el tratado, estas indagaciones carecen de importancia.»

—«No dije nada.»

—«¿Sabes algo del dependiente?»

—«Nada, excepto que es un viejo soldado.»

—«¿De qué regimiento?»

—«Oh, he oído —Coldstream Guards.»

—«Gracias. No tengo duda de que podré obtener detalles de Forbes. Las autoridades son excelentes recopilando datos, aunque no siempre los utilizan a su favor. ¡Qué cosa tan hermosa es una rosa!»

Se dirigió, dejando el sofá, hacia la ventana abierta y alzó el tallo caído de una rosa musgosa, mirando hacia la delicada mezcla de carmesí y verde. Era una faceta nueva de su carácter para mí, pues jamás lo había visto mostrar tanto interés por los objetos de la naturaleza.

—«No hay nada en lo que la deducción sea tan necesaria como en la religión», dijo, apoyándose en los contraventanas—. «Puede construirse como una ciencia exacta por el razonador. Nuestra mayor seguridad en la bondad de la Providencia, a mi parecer, descansa en las flores. Todas las demás cosas—nuestras fuerzas, nuestros deseos, nuestra comida—son realmente necesarias para nuestra existencia en primera instancia. Pero esta rosa es un extra. Su aroma y su color son un adorno de la vida, no una condición de la misma. Sólo la bondad da extras, y repito: tenemos mucho que esperar de las flores.»

Percy Phelps y su enfermera miraron a Holmes durante aquella demostración con sorpresa y con gran decepción reflejada en sus rostros. Se había perdido en una ensoñación, con la rosa musgosa entre los dedos. Duró algunos minutos antes de que la joven interrumpiera.

—«¿Veis alguna pista que pueda resolver este misterio, señor Holmes?» —preguntó con un tono algo áspero.

—«¡Oh, el misterio! —respondió, volviendo de golpe a la realidad—. Bueno, sería absurdo negar que el caso es muy abstruso y

complicado, pero os prometo que investigaré el asunto y os comunicaré cualquier pista que me llame la atención.»

—«¿Veis alguna pista?»

—«Me habéis proporcionado siete, pero, por supuesto, debo comprobarlas antes de poder juzgar su valor.»

—«¿Sospecháis de alguien?»

—«Sospecho de mí mismo.»

—«¿iQué!?»

—«iDe sacar conclusiones precipitadas!»

—«Entonces id a Londres y pon a prueba vuestras conclusiones.»

—«Tu consejo es muy excelente, señorita Harrison» —dijo Holmes, levantándose—. «Creo, Watson, que no podemos hacer nada mejor. No os ilusionéis, señor Phelps. El asunto es muy enmarañado.»

—«Estaré febril hasta que os vuelva a ver» —clamó el diplomático.

—«Bueno, vendré por el mismo tren mañana, aunque lo más probable es que mi informe sea negativo.»

—«iDios os bendiga por prometer venir!» —exclamó nuestro cliente—. «Me infunde nueva vida saber que algo se está haciendo. Por cierto, recibí una carta de Lord Holdhurst.»

—«iJa! ¿Qué dijo?»

—«Estaba frío, pero no duro. Imagino que mi grave enfermedad le impidió serlo. Repitió que el asunto era de suma importancia y añadió que no se tomarían medidas sobre mi futuro—lo que, por supuesto, significa mi despido—hasta que se restableciera mi salud y tuviera la oportunidad de reparar mi desventura.»

—«Bueno, eso fue razonable y considerado» —comentó Holmes—. «Venga, Watson, que tenemos un día de trabajo en la ciudad.»

El señor Joseph Harrison nos condujo a la estación, y pronto nos hallábamos a bordo de un tren con destino a Portsmouth. Holmes se sumió en profundos pensamientos, y apenas abrió la boca hasta haber pasado Clapham Junction.

—«Es realmente agradable llegar a Londres por alguna de estas líneas elevadas, que te permiten ver las casas de arriba.»

Pensé que bromeaba, pues la vista era bastante sórdida, pero enseguida se explicó:

—«Observa esos grandes grupos aislados de edificios que se elevan sobre las tejas, como islas de ladrillo en un mar de plomo.»

—«Los internados.»

—«¡Faro, muchacho! ¡Balizas del futuro! Cápsulas con cientos de pequeñas semillas brillantes de las cuales brotará la sabia y mejor Inglaterra del porvenir. Supongo que el señor Phelps no bebe, ¿no?»

—«No lo creo.»

—«Ni yo, pero debemos considerar todas las posibilidades. Pobrecito se ha metido en un lío muy profundo, y es cuestión de ver si logra salir del agua. ¿Qué opináis de la señorita Harrison?»

—«Una chica de carácter fuerte.»

—«Sí, pero es de buena calidad, o eso creo. Ella y su hermano son los únicos hijos de un maestro de hierro en algún lugar de Northumberland. Se comprometió con ella durante un viaje el invierno pasado, y ella bajó a presentarse a la familia, escoltada por su hermano. Luego vino el desastre, y ella se quedó para cuidar de su amante, mientras que el hermano Joseph, hallándose bastante acomodado, se quedó también. He estado haciendo algunas investigaciones por mi cuenta, veréis. Pero hoy debe ser un día de indagaciones.»

—«Mi consulta...» empecé.

—«¡Oh, si encuentras tus propios casos más interesantes que los míos...» dijo Holmes, con cierta aspereza.

—«Iba a decir que mi consulta podría mantenerse durante uno o dos días, ya que es la época más floja del año.»

—«Excelente» —dijo él, recuperando su buen humor—. «Entonces indaguemos juntos. Creo que deberíamos comenzar por ver a Forbes. Probablemente nos podrá contar todos los detalles que queramos hasta saber por qué lado debemos abordar el caso.»

—«¿Dijiste que tenías una pista?»

—«Bueno, tenemos varias, pero sólo podremos comprobar su valor con más investigación. El crimen más difícil de rastrear es el que no tiene propósito. Ahora bien, éste no es sin propósito. ¿Quién se beneficia de ello? Está el embajador francés, está el ruso, está quien quiera que pueda venderlo a cualquiera de los dos, y está Lord Holdhurst.»

—«¡Lord Holdhurst!»

—«Pues es concebible que un estadista se encuentre en la situación de no lamentar que un documento así accidentalmente se destruya.»

—«¿No un estadista con el impecable historial de Lord Holdhurst?»

—«Es una posibilidad y no podemos descartarla. Hoy veremos al noble lord y descubriremos si puede decirnos algo. Mientras tanto, ya he iniciado algunas pesquisas.»

—«¿Ya?»

—«Sí, envié telegramas desde la estación de Woking a todos los periódicos vespertinos de Londres. Este anuncio aparecerá en cada uno de ellos.»

Nos entregó una hoja arrancada de un cuaderno. En ella estaba garabateado a lápiz:

«Recompensa de £10. El número del taxi que dejó un pasajero en la puerta del Ministerio de Asuntos Exteriores en Charles Street,

alrededor de las diez menos cuarto de la tarde del 23 de mayo.
Solicitar en 221 B, Baker Street.»

—«¿Confías en que el ladrón llegó en taxi?»

—«Si no, no importa. Pero si el señor Phelps tiene razón al afirmar que no hay escondrijo ni en la habitación ni en los corredores, entonces es muy probable que haya venido en taxi.»

—«Parece plausible.»

—«Esa es una de las pistas de las que hablaba. Puede llevarnos a algo. Y, por supuesto, está la campana—la característica más distintiva del caso. ¿Por qué sonaría la campana? ¿La habría hecho sonar el ladrón por bravata? ¿O alguien que estuviese con él para impedir el delito? ¿O acaso fue un accidente? ¿O fue—?»

Él volvió a sumirse en un intenso y silencioso pensamiento del que había emergido; pero me parecía, acostumbrado a cada uno de sus estados de ánimo, que de repente le había iluminado alguna nueva posibilidad.

Eran las veinte y diez cuando llegamos a nuestro destino, y después de un apresurado almuerzo en el buffet nos dirigimos de inmediato a Scotland Yard. Holmes ya había enviado un telegrama a Forbes, y lo encontramos esperando para recibirnos—un hombre pequeño y astuto, de expresión aguda aunque nada afable. Su trato con nosotros fue decididamente frío, especialmente al enterarse del motivo de nuestra visita.

—«He oído hablar de tus métodos, señor Holmes» —dijo, cortante—. «Estás lo suficientemente dispuesto a usar toda la información que la policía pone a tu disposición, y luego tratas de resolver el caso por tu cuenta, haciendo que ellos queden en ridículo.»

—«Al contrario» —respondió Holmes—. «De mis últimas cincuenta y tres investigaciones mi nombre sólo ha aparecido en cuatro, y en cuarenta y nueve la policía ha recibido todo el mérito. No te culpo por no saberlo, pues eres joven e inexperto, pero si deseas progresar en tus nuevas funciones, trabajarás conmigo y no contra mí.»

—«Me encantaría recibir algún consejo», dijo el detective, cambiando su tono. «Hasta ahora no he obtenido crédito alguno en el caso.»

—«¿Qué medidas has tomado?»

—«Tangey, el dependiente, ha sido seguido. Salió de las Guards con buena reputación y no encontramos nada en su contra. Pero su esposa es un caso complicado. Creo que sabe más de lo que aparenta.»

—«¿La han seguido a ella?»

—«Hemos puesto a una de nuestras mujeres a vigilarla. La señora Tangey bebe, y nuestra agente ha estado con ella dos veces cuando estaba bastante animada, pero no ha conseguido extraer nada de ella.»

—«Entiendo que en la casa han tenido corredores.»

—«Sí, pero les pagaron.»

—«¿De dónde salió el dinero?»

—«Eso estuvo en orden. Le correspondía su pensión. No han mostrado señales de estar en apuros económicos.»

—«¿Qué explicación dio de haber contestado la campana cuando el señor Phelps pidió el café?»

—«Dijo que su marido estaba muy cansado y ella quería aliviarle.»

—«Bueno, eso concuerda con que más tarde lo encontraran durmiendo un poco en su silla. Entonces no hay nada en contra, salvo el carácter de la mujer. ¿Le preguntaste por qué se apresuró aquella noche? Su prisa llamó la atención del policía.»

—«Dijo que llegó más tarde de lo habitual y que quería irse a casa.»

—«¿Le hiciste notar que tú y el señor Phelps, que partieron al menos veinte minutos después que ella, llegaron a casa antes?»

—«Explicó que era la diferencia entre un autobús y un taxi.»

—«¿Dejó claro si, al llegar a su casa, corrió hacia la cocina tras verse en la parte trasera?»

—«Porque tenía el dinero allí para pagar a los corredores.»

—«Ella tiene al menos una respuesta para todo. ¿Le preguntaste si al marcharse vio a alguien o si vio a alguien merodeando por Charles Street?»

—«No vio a nadie, salvo al policía.»

—«Bueno, parece que la has interrogado a fondo. ¿Qué más has hecho?»

—«El empleado Gorot fue seguido durante estas nueve semanas, sin resultado alguno. No hallamos nada en su contra.»

—«¿Algo más?»

—«No tenemos nada más en lo que basarnos, ninguna evidencia de ningún tipo.»

—«¿Has formulado alguna teoría sobre cómo sonó esa campana?»

—«Debo confesar que eso me tiene perplejo. Fue un movimiento frío, el de hacer sonar la campana.»

—«Sí, fue algo extraño. Muchas gracias por lo que me has contado. Si consigo detener al hombre, te avisaré. Ven, Watson.»

—«¿A dónde vamos ahora?» —pregunté, al salir de la oficina.

—«Ahora vamos a entrevistar a Lord Holdhurst, el ministro del gabinete y futuro primer ministro de Inglaterra.»

Tuvimos la suerte de encontrar a Lord Holdhurst en sus aposentos en Downing Street, y al entregar nuestra tarjeta, nos condujeron de inmediato. El estadista nos recibió con esa cortesía de la vieja escuela que lo caracteriza, y nos acomodó en dos suntuosos sofás a cada lado de la chimenea. De pie sobre la alfombra entre nosotros, con su figura delgada y alta, sus rasgos afilados, rostro pensativo y cabello rizado prematuramente teñido de gris, parecía representar ese tipo no muy común: un noble que, en verdad, es noble.

—«Tu nombre me es muy familiar, señor Holmes» —dijo, sonriendo—. «Y, por supuesto, no puedo pretender desconocer el objeto de vuestra visita. Sólo ha habido un suceso en estas oficinas que pudiera requerir vuestra atención. ¿En beneficio de quién actuáis, si se me permite preguntar?»

—«En beneficio del señor Percy Phelps» —respondió Holmes.

—«¡Ah, mi desgraciado sobrino! Comprenderás que, por ser de la familia, se me hace imposible protegerle de algún modo. Temo que el incidente tenga un efecto muy perjudicial en su carrera.»

—«¿Pero si se hallan los papeles?»

—«Ah, eso, por supuesto, sería diferente.»

—«Tenía unas o dos preguntas que deseaba hacerle, Lord Holdhurst.»

—«Con gusto os daré toda la información que esté a mi alcance.»

—«¿Fue en esta misma sala donde diste las instrucciones para copiar el documento?»

—«Lo fue.»

—«Entonces, difícilmente pudiste haber sido oído.»

—«Eso es impensable.»

—«¿Mencionaste alguna vez a alguien que era tu intención dar el tratado para copiar?»

—«Nunca.»

—«¿Estás seguro de ello?»

—«Absolutamente.»

—«Bien, puesto que nunca lo dijiste, y el señor Phelps tampoco, y nadie más conocía el asunto, la presencia del ladrón en la sala fue meramente accidental. Se presentó, vio la oportunidad y la aprovechó.»

El estadista sonrió.

—«Me sacas de mi ámbito» —dijo.

Holmes meditó un momento.

—«Hay otro punto muy importante que deseo tratar contigo», dijo —. «Entiendo que temías que se produjeran consecuencias muy graves si se dieran a conocer los detalles de este tratado.»

Una sombra cruzó el expresivo rostro del estadista.

—«Consecuencias muy graves, en efecto.»

—«¿Y se han producido?»

—«Aún no.»

—«Si el tratado hubiera llegado, digamos, a la embajada francesa o rusa, ¿esperarías oír hablar de ello?»

—«Sí» —respondió Lord Holdhurst, con un leve gesto irónico.

—«Puesto que han transcurrido casi diez semanas y no se ha oído nada, no es descabellado suponer que, por alguna razón, el tratado no ha llegado a sus manos.»

Lord Holdhurst encogió los hombros.

—«Difícilmente podemos suponer, señor Holmes, que el ladrón haya tomado el tratado con el propósito de enmarcarlo y colgarlo.»

—«Tal vez espere obtener un mejor precio.»

—«Si espera un poco más, no conseguirá nada. El tratado dejará de ser secreto en unos meses.»

—«Eso es de suma importancia», dijo Holmes. «Por supuesto, es posible suponer que el ladrón haya sufrido una repentina enfermedad—»

—«¿Un ataque de fiebre cerebral, por ejemplo?» —interrumpió el estadista, lanzándole una rápida mirada.

—«No dije eso», replicó Holmes, imperturbable—. «Y ahora, Lord Holdhurst, ya os hemos quitado demasiado tiempo, así que os deseo buena jornada.»

—«Todo el éxito en vuestra investigación, sea quien fuere el criminal», respondió el noble, despidiéndonos con una reverencia al salir por la puerta.

—«Es un gran hombre», dijo Holmes al salir en Whitehall—. «Pero tiene que luchar para mantener su posición. No es rico y tiene muchos compromisos. Por cierto, habéis notado que le han resuelto las suelas a sus botas. Ahora, Watson, no te detendré más de lo justo en tus legítimos quehaceres. No haré nada más hoy, a menos que reciba respuesta de mi anuncio de taxi. Pero te agradecería enormemente que bajaras conmigo a Woking mañana, en el mismo tren que tomamos ayer.»

Me reuní con él a la mañana siguiente y juntos viajamos a Woking. Me dijo que no había obtenido respuesta a su anuncio y que ninguna nueva luz se había arrojado sobre el caso. Cuando lo veía, lucía la inexpresividad total de un indio rojo, y no pude saber a partir de su semblante si estaba satisfecho o no con la situación del caso. Su conversación, recuerdo, versaba sobre el sistema Bertillon de medidas, y expresaba su entusiasta admiración por el sabio francés.

Encontramos a nuestro cliente aún bajo los cuidados de su devota enfermera, pero lucía considerablemente mejor que antes. Se levantó del sofá y nos saludó sin dificultad al entrar.

—«¿Alguna noticia?» —preguntó ansioso.

—«Mi informe, como esperaba, es negativo» —dijo Holmes—. «He visto a Forbes y a tu tío, y he puesto en marcha una o dos pesquisas que puedan conducir a algo.»

—«¿Entonces no has perdido el ánimo?»

—«Para nada.»

—«¡Dios os bendiga por decir eso!» —exclamó la señorita Harrison—. «Si mantenemos el valor y la paciencia, la verdad saldrá a la luz.»

—«Tenemos más que contarte de lo que tú nos has dicho» —dijo Phelps, volviendo a sentarse en el sofá.

—«Esperaba que tuvierais algo.»

—«Sí, anoche tuvimos una aventura, y una que pudo haber sido muy grave.» Su expresión se tornó muy seria y en sus ojos se reflejó un atisbo de temor. «¿Sabéis? Empiezo a creer que soy el centro inconsciente de una monstruosa conspiración, y que mi vida y mi honor están en la mira.»

—«¡Ah!» exclamó Holmes.

—«Parece increíble, pues según tengo entendido no tengo enemigos en el mundo. Sin embargo, por lo sucedido anoche no puedo llegar a otra conclusión.»

—«Cuéntamelo, te ruego.»

—«Debéis saber que anoche fue la primera vez que dormí sin enfermera en la habitación. Me sentía tan bien que pensé que podía prescindir de ella. Tenía, sin embargo, una lámpara nocturna encendida. Bueno, alrededor de las dos de la madrugada me sumí en un sueño ligero cuando, de repente, un leve ruido me despertó. Era parecido al sonido que hace un ratón al roer una tabla, y me quedé escuchándolo durante un rato, bajo la impresión de que provenía de esa causa. Luego se hizo más fuerte, y de repente se oyó por la ventana un chasquido metálico agudo. Me senté atónito. Ya no había duda de lo que eran aquellos sonidos. Los primeros se debieron a que alguien forzaba un instrumento por la rendija entre los contraventanas, y el segundo, al ser pulsado el pestillo.

—Hubo una pausa, durante unos diez minutos, como si la persona esperase ver si el ruido me había despertado. Luego oí un suave crujir mientras la ventana se abría muy lentamente. No pude soportarlo más, pues mis nervios ya no eran lo que solían ser. Salté de la cama y abrí de un tirón las contraventanas. Un hombre se agachaba en la ventana. Apenas pude distinguirlo, pues desapareció como un rayo. Iba envuelto en una especie de capa que le cubría la parte inferior del rostro. Una cosa de la que estoy seguro es que llevaba algún arma en la mano. Me pareció ver que era un cuchillo largo. Distintamente percibí su brillo al voltear y huir.

—«Esto es sumamente interesante» —dijo Holmes—. «Dime, ¿qué hiciste entonces?»

—«Habría seguido al hombre por la ventana si hubiera tenido fuerzas; pero, en mi caso, toqué el timbre y desperté a la casa. Me costó un poco, pues el timbre se encuentra en la cocina y todos los sirvientes duermen arriba. Grité, y eso hizo que Joseph bajara, despertando también a los demás. Joseph y el mozo encontraron marcas en la cama frente a la ventana, pero el clima ha estado tan seco últimamente que fue imposible seguir la huella por el césped. Sin embargo, hay un lugar en la cerca de madera que bordea la calle que muestra señales, según me dijeron, de que alguien la cruzó y rompió la parte superior del listón. Aún no he dicho nada a la policía local, pues pensé que era mejor conocer tu opinión primero.»

Esta narración de nuestro cliente pareció tener un efecto extraordinario en Sherlock Holmes. Se levantó del sillón y comenzó a pasear por la habitación con un entusiasmo incontrolable.

—«Las desgracias nunca llegan solas» —dijo Phelps, sonriendo, aunque se notaba que la experiencia le había conmovido.

—«Ciertamente, has tenido tu parte» —dijo Holmes—. «¿Crees que podrías dar una vuelta por la casa conmigo?»

—«¡Oh, sí, me encantaría tomar un poco de sol! Joseph también vendrá.»

—«Y yo también» —dijo la señorita Harrison.

—«Lo siento, pero no» —replicó Holmes, negando con la cabeza—. «Creo que debo pedirte que te quedes exactamente donde estás.»

La joven retomó su asiento con aire de desagrado. Su hermano, sin embargo, se unió a nosotros y los cuatro salimos juntos. Rodeamos el césped hasta llegar al exterior de la ventana del joven diplomático. Había, como él dijo, marcas en la cama, pero eran vagas e imprecisas. Holmes se detuvo un instante sobre ellas y luego se incorporó, encogiéndose de hombros.

—«No creo que alguien pueda sacar mucho provecho de esto» —comentó—. «Demos una vuelta por la casa y veamos por qué el ladrón eligió precisamente esta habitación. Pensé que las ventanas más grandes del salón y del comedor habrían atraído más su atención.»

—«Son más visibles desde la calle», sugirió el señor Joseph Harrison.

—«Ah, sí, por supuesto. Hay una puerta aquí que pudo haber intentado abrir. ¿Para qué sirve?»

—«Es la entrada lateral para los trabajadores. Naturalmente, está cerrada por la noche.»

—«¿Alguna vez has tenido una alarma así antes?»

—«Nunca», dijo nuestro cliente.

—«¿Guardáis objetos valiosos o algo que atraiga a los ladrones?»

—«Nada de valor.»

Holmes paseó por la casa con las manos en los bolsillos y un aire despreocupado, algo inusual en él.

—«Por cierto» —dijo a Joseph Harrison—, «encontraste un sitio, según tengo entendido, por donde el hombre trepó la cerca. ¡Vamos a verlo!»

El robusto joven nos condujo hasta el lugar donde uno de los listones de madera estaba rajado, con un pequeño fragmento colgando. Holmes lo arrancó y lo examinó críticamente.

—«¿Crees que esto fue hecho anoche? Se ve algo viejo, ¿no crees?»

—«Bueno, posiblemente sí.»

—«No hay marcas de que alguien haya saltado al otro lado. No, me temo que no obtendremos ayuda de aquí. Regresemos al dormitorio y discutamos el asunto.»

Percy Phelps caminaba muy despacio, apoyándose en el brazo de su futuro cuñado. Holmes cruzó rápidamente el césped, y llegamos a la ventana abierta del dormitorio mucho antes de que los demás se acercaran.

—«Señorita Harrison» —dijo Holmes, con la máxima intensidad—, «debes permanecer en este lugar durante todo el día. No permitas que nada te impida quedarte exactamente aquí. Es de suma importancia.»

—«Claro, si así lo desea, señor Holmes» —respondió la joven, asombrada.

—«Cuando te vayas a la cama, cierra la puerta con llave por fuera y conserva la llave. Promételo.»

—«¿Pero Percy?»

—«Él nos acompañará a Londres.»

—«¿Y yo debo quedarme aquí?»

—«Es por su bien. Puedes servirle. ¡Rápido! ¡Promete!»

Ella asintió brevemente justo cuando los otros dos se acercaban.

—«¿Por qué te quedas ahí, Annie? —clamó su hermano—. ¡Ven a tomar el sol!»

—«No, gracias, Joseph. Tengo un leve dolor de cabeza y esta habitación es deliciosamente fresca y reconfortante.»

—«¿Qué propones ahora, señor Holmes?» —preguntó nuestro cliente.

—«Bueno, en la investigación de este asunto menor no debemos perder de vista nuestra pesquisa principal. Me sería de gran ayuda que vinieras a Londres con nosotros.»

—«¿En seguida?»

—«Pues tan pronto como te sea posible. Dime, ¿en una hora?»

—«Me siento bastante fuerte, si es que realmente puedo ser de ayuda.»

—«La mayor ayuda posible.»

—«¿Quizá queráis que me quede allí esta noche?»

—«Iba justamente a proponerlo.»

—«Entonces, si mi amigo de la noche viene a visitarme, se encontrará con que el pájaro se ha escapado. Todos estamos en tus manos, señor Holmes, y debes decirnos exactamente qué deseas que hagamos. ¿Quizá prefieras que Joseph nos acompañe para cuidar de mí?»

—«Oh, no; mi amigo Watson es médico, ya sabes, y se encargará de ti. Almorzaremos aquí, si nos lo permites, y luego los tres partiremos hacia la ciudad.»

Se arregló tal como él sugirió, aunque la señorita Harrison se excusó de abandonar el dormitorio, en conformidad con la sugerencia de Holmes. No pude imaginar cuál era el objetivo de las maniobras de mi amigo, salvo que pretendía mantener a la dama alejada de Phelps, quien, regocijado por su recuperación y la perspectiva de acción, almorzó con nosotros en el comedor. Sin embargo, Holmes nos tenía preparada otra sorpresa impactante, pues, después de acompañarnos hasta la estación y despedirnos en el coche, anunció con total tranquilidad que no tenía intención de abandonar Woking.

—«Hay uno o dos puntos pequeños que desearía aclarar antes de irme», dijo—. «Tu ausencia, señor Phelps, me será de ayuda en ciertos aspectos. Watson, cuando llegues a Londres, te agradeceré que vayas de inmediato a Baker Street con nuestro amigo y te quedes con él hasta que nos volvamos a ver. Es ventajoso que seáis antiguos compañeros de escuela, pues tendréis mucho de qué conversar. El señor Phelps puede ocupar el dormitorio de invitados esta noche, y yo estaré contigo a tiempo para el desayuno, ya que hay un tren que me llevará a Waterloo a las ocho.»

—«¿Pero qué hay de nuestra investigación en Londres?» — preguntó Phelps, con tono resignado.

—«Eso lo haremos mañana. Creo que, por ahora, puedo ser de más inmediata utilidad aquí.»

—«Deberías decirles en Briarbrae que espero volver esta misma noche», exclamó Phelps mientras nos alejábamos de la plataforma.

—«Difícilmente espero volver a Briarbrae» —respondió Holmes, despidiéndonos con un gesto alegre mientras salíamos a toda prisa de la estación.

Phelps y yo comentamos el asunto en el trayecto, pero ninguno pudo idear una razón satisfactoria para tan nuevo desarrollo.

—«Supongo que quiere descubrir alguna pista sobre el robo de anoche, si es que fue un ladrón. En lo que a mí respecta, no creo que se tratara de un simple ratero.»

—«¿Y cuál es tu teoría, entonces?»

—«Por mi honor, puedas atribuirlo a mis nervios débiles o no, pero creo que hay una intriga política profunda a mi alrededor, y que, por alguna razón que se me escapa, mi vida y mi honor están en la mira de los conspiradores. Suena pomposo y absurdo, pero ¡considera los hechos! ¿Por qué un ladrón intentaría irrumpir por una ventana del dormitorio, donde no podría robar nada, y por qué vendría armado con un cuchillo largo en la mano?»

—«¿Estás seguro de que no fue simplemente un ganzúa de un ladrón de casas?»

—«Oh, no; fue un cuchillo. Vi claramente el destello de la hoja.»

—«¿Pero por qué motivo te perseguirían con tanta animosidad?»

—«Ah, esa es la cuestión.»

—«Pues, si Holmes comparte tu opinión, eso explicaría sus acciones, ¿no? Suponiendo que tu teoría sea correcta, si logra detener al hombre que te amenazó anoche, habrá avanzado mucho en descubrir quién robó el tratado naval. Es absurdo suponer que

tengas dos enemigos, uno que te despoja y otro que amenaza tu vida.»

—«Pero Holmes dijo que no se dirigía a Briarbrae.»

—«Lo conozco desde hace tiempo», dije, «pero nunca le he visto actuar sin una muy buena razón», y con eso nuestra conversación se desvió a otros temas.

Pero fue un día agotador para mí. Phelps seguía débil tras su larga enfermedad, y su infortunio le volvía irritable y nervioso. En vano traté de interesarlo en Afganistán, en la India, en cuestiones sociales, en cualquier cosa que pudiera sacarlo de ese abismo. Siempre volvía al tratado perdido, preguntándose, adivinando, especulando, acerca de qué hacía Holmes, qué medidas tomaba Lord Holdhurst, qué noticias tendríamos en la mañana. A medida que avanzaba la tarde, su excitación se volvió casi insoportable.

—«¿Tienes fe absoluta en Holmes?» —preguntó.

—«Lo he visto hacer cosas extraordinarias.»

—«¿Pero jamás ha iluminado algo tan oscuro como esto?»

—«No lo sé; lo único que sé es que ha actuado en representación de tres de las casas reinantes de Europa en asuntos vitales.»

—«Pero lo conoces bien, Watson. Es un hombre tan inescrutable que nunca sé qué pensar de él. ¿Crees que tiene esperanza? ¿Crees que logrará tener éxito?»

—«No ha dicho nada.»

—«Eso es mala señal.»

—«Al contrario; he notado que cuando está fuera de pista generalmente lo dice. Es cuando sigue una pista y no tiene absoluta seguridad de que sea la correcta que es más lacónico. Ahora, querido amigo, no podemos empeorar las cosas poniéndonos nerviosos, así que te imploro que te acuestes y estés fresco para lo que nos depare mañana.»

Finalmente logré persuadir a mi compañero de seguir mi consejo, aunque su agitado estado hacía ver que dormir no sería fácil para él. De hecho, su humor se contagió, pues pasé la mitad de la noche dando vueltas, meditando sobre ese extraño problema e inventando cien teorías, cada una más inverosímil que la anterior. ¿Por qué se había quedado Holmes en Woking? ¿Por qué pidió a la señorita Harrison permanecer en la enfermería todo el día? ¿Por qué fue tan cuidadoso de no informar a la gente en Briarbrae de que pretendía quedarse cerca? Me golpeé las sienes hasta quedarme dormido en el intento de hallar alguna explicación que abarcara todos esos hechos.

Eran las siete cuando desperté, y me dirigí enseguida a la habitación de Phelps, para encontrarlo demacrado y agotado tras una noche sin sueño. Su primera pregunta fue si Holmes ya había llegado.

—«Estará aquí cuando prometió», dije—. «Ni un instante antes ni después.»

Y mis palabras fueron ciertas, pues poco después de las ocho un taxi se detuvo en la puerta y nuestro amigo salió. Al verlo desde la ventana, notamos que su mano izquierda estaba vendada y que su rostro lucía sombrío y pálido. Entró en la casa, pero pasó un buen tiempo antes de subir.

—«Parece un hombre derrotado», exclamó Phelps.

Tuve que admitir que tenía razón.

—«Al fin y al cabo», dije—, «la pista del asunto probablemente se encuentre aquí en la ciudad.»

Phelps dejó escapar un gemido.

—«No sé cómo es», dijo, «pero esperaba tanto de su regreso. Sin embargo, sus manos no estaban vendadas así ayer. ¿Qué habrá pasado?»

—«¿No te has herido, Holmes?» —pregunté al ver entrar a mi amigo.

—«¡Bah! Es sólo un rasguño por mi propia torpeza», respondió, saludándonos con un leve asentimiento.

—«Este caso tuyo, señor Phelps, es sin duda uno de los más oscuros que he investigado.»

—«Temía que no pudieras con él.»

—«Ha sido una experiencia verdaderamente notable.»

—«Esa venda en tu mano dice que has vivido aventuras», dije—. «¿No nos contarás cómo la conseguiste y dónde estaba?»

Holmes tragó un sorbo de café, dirigió su atención al jamón con huevos y luego se levantó, encendió su pipa y se acomodó de nuevo en su sillón.

—«Os contaré lo que hice primero y cómo procedí después», dijo —.

—Después de despedirme en la estación, salí a dar un encantador paseo por unos admirables parajes de Surrey hasta llegar a un pueblito llamado Ripley, donde tomé el té en una posada, llené mi cantimplora y guardé unos sándwiches en el bolsillo. Permanecí allí hasta la tarde, cuando volví a dirigirme a Woking y me encontré en la carretera principal frente a Briarbrae justo después del atardecer.

—«Esperé hasta que la carretera quedó despejada—nunca es muy transitada, creo—, y entonces trepé la cerca hasta los terrenos.»

—«¡Seguramente la reja estaba abierta!» —exclamó Phelps.

—«Sí, pero tengo un gusto peculiar en estos asuntos. Escogí el lugar donde se alzan tres abetos, y detrás de su pantalla logré pasar sin que nadie en la casa pudiera verme. Me agaché entre los arbustos al otro lado y me arrastré de uno a otro—¡mirad el estado deplorable de las rodillas de mis pantalones!— hasta alcanzar el grupo de rododendros justo frente a vuestra ventana del dormitorio. Allí me agaché y esperé a que sucediera algo.»

—«La persiana no estaba baja en vuestra habitación, y pude ver a la señorita Harrison sentada allí leyendo sobre la mesa. Eran las diez y cinco cuando cerró el libro, bajó las contraventanas y se retiró.»

—«Oí el cierre de la puerta y me aseguré de que hubiera girado la llave en el cerrojo.»

—«¡La llave!» exclamó Phelps.

—«Sí; le había dado instrucciones a la señorita Harrison para que cerrara la puerta por fuera al irse a la cama y se quedara con la llave. Ella cumplió mis órdenes a la letra, y sin su colaboración no tendríais ese papel en el bolsillo de vuestro abrigo. Partió, se apagaron las luces, y me quedé solo agachado entre los rododendros.

«La noche era agradable, pero fue una vigilia muy agotadora. Claro que tenía la emoción de la caza que siente un deportista al acostarse junto al arroyo esperando al gran trofeo. Fue muy larga, casi tanto como aquella vez, Watson, cuando esperábamos en aquella habitación mortal mientras resolvíamos el pequeño problema de la Banda Manchada. Había un reloj de iglesia en Woking que daba las horas, y pensé más de una vez que se había parado. Al fin, alrededor de las dos de la madrugada, oí de repente el suave sonido de un cerrojo siendo pulsado y el crujido de una llave. Unos instantes después, la puerta de servicio se abrió, y el señor Joseph Harrison salió al resplandor de la luna.»

—«¡Joseph!» exclamó Phelps.

—«Iba sin sombrero, pero llevaba un abrigo negro echado sobre el hombro, de modo que podría ocultar su rostro en un instante si hubiera peligro. Caminó de puntillas bajo la sombra del muro, y cuando llegó a la ventana, forzó un cuchillo de hoja larga por la rendija del marco y pulsó el pestillo. Luego, abrió de par en par la ventana y, introduciendo su cuchillo por la hendidura en las contraventanas, levantó la barra y las abrió.

«Desde mi escondrijo tenía una vista perfecta del interior de la habitación y de cada uno de sus movimientos. Encendió las dos velas que descansaban sobre la repisa de la chimenea, y procedió a levantar la esquina de la alfombra cerca de la puerta. Después se detuvo y sacó un cuadrado de tabla, como suelen dejar los

fontaneros para acceder a las juntas de las tuberías de gas. Este, de hecho, cubría la unión en forma de T por donde salía la tubería que suministraba la cocina de abajo. Desde ese escondrijo, sacó el pequeño cilindro de papel, volvió a colocar la tabla, reorganizó la alfombra, apagó las velas y corrió directamente a mis brazos, mientras yo me encontraba esperando fuera de la ventana.

«Bueno, tiene más agresividad de la que le había atribuido, ¿no es así, señor Joseph? Se lanzó contra mí con su cuchillo, y tuve que sujetarlo dos veces, recibiendo un corte en los nudillos, hasta poder dominarle. Cuando terminamos, él me miró con la única determinación de matar que se pudo ver en su único ojo funcional, pero razonó y entregó los papeles. Una vez en mi poder, dejé libre a mi hombre y esta mañana envié un telegrama con todos los detalles a Forbes. Si es lo suficientemente rápido para atrapar a su pájaro, bien; pero si, como sospecho astutamente, encuentra el nido vacío antes de llegar, mejor para el gobierno. Imagino que, por lo menos, Lord Holdhurst y el señor Percy Phelps preferirían de lejos que el asunto nunca llegase a un tribunal de policía.»

Percy Phelps se hundió en su sillón.

—«Mi cabeza da vueltas», dijo—. «Tus palabras me han aturcido.»

—«La dificultad principal en tu caso», comentó Holmes con su habitual tono didáctico, «radica en que había demasiada evidencia. Lo vital estaba sobrecargado y oculto por lo irrelevante. De entre todos los hechos presentados tuvimos que elegir sólo aquellos que considerábamos esenciales y luego encajarlos en orden para reconstruir esta cadena de sucesos tan extraordinaria. Ya había comenzado a sospechar de Joseph, pues habías pretendido viajar a casa con él aquella noche, lo que hacía probable que se presentara, conociendo bien el Ministerio de Asuntos Exteriores, en su camino. Cuando oí que alguien había estado tan ansioso por entrar en la habitación —nos contaste en tu narración que expulsaste a Joseph cuando llegamos con el doctor—, mis sospechas se convirtieron en certezas, sobre todo por el intento realizado en la primera noche en

que la enfermera estuvo ausente, lo que demuestra que el intruso conocía a la perfección la disposición de la casa.»

—«¡Qué ciego he sido!»

—«Los hechos del caso, tal como los he ido armando, son estos: este Joseph Harrison entró en la oficina por la puerta de Charles Street y, conociendo el lugar, se dirigió directamente a tu habitación justo después de que tú la abandonaras. Al encontrarla vacía, sonó la campana, y en ese mismo instante sus ojos captaron el papel sobre la mesa. Una ojeada le demostró que el azar le había puesto en el camino un documento de Estado de inmenso valor, y en un instante lo metió en el bolsillo y se marchó. Pasaron unos minutos, como recordarás, antes de que el dependiente te alertara con el timbre, y esos minutos fueron suficientes para que el ladrón lograra escapar.

«Salió en el primer tren hacia Woking, y tras examinar su botín y asegurarse de que efectivamente era de gran valor, lo ocultó en lo que consideró un lugar muy seguro, con la intención de sacarlo en uno o dos días y llevarlo a la embajada francesa, o donde pensara que se podía obtener un buen precio. Luego apareciste de repente. Sin previo aviso, te arrebató de la habitación, y a partir de ese momento siempre hubo al menos dos de vosotros impidiendo que recuperase su tesoro. Para él, la situación debía haber sido enloquecedora. Pero al fin creyó que veía su oportunidad. Intentó irrumpir nuevamente, pero fue frustrado por tu vigilia. Recuerdas que no tomaste tu habitual bebida aquella noche.»

—«Recuerdo bien.»

—«Imagino que había tomado precauciones para que esa bebida hiciera efecto, confiando plenamente en que estarías inconsciente. Por supuesto, entendí que repetiría el intento siempre que se le presentase la ocasión. Al salir de la habitación, le di a entender que la costa estaba despejada. Entonces, mantuve a la señorita Harrison dentro todo el día para que él no se anticipase. Después, al darle la idea de que todo estaba en orden, me mantuve vigilante, tal como

describí. Ya sabía que probablemente los papeles estaban en la habitación, pero no deseaba levantar toda la carpintería y los zócalos en busca de ellos. Así que, permití que se los llevara, ahorrándome una infinidad de molestias. ¿Queda alguna otra duda?»

—«¿Por qué intentó entrar por la ventana en el primer intento, cuando podría haberlo hecho por la puerta?»

—«Si entraba por la puerta, tendría que pasar por siete dormitorios. En cambio, por la ventana podría salir al césped sin problema. ¿Algo más?»

—«No crees, ¿verdad?, que tuvo alguna intención asesina. El cuchillo sólo era una herramienta.»

—«Puede ser», respondió Holmes, encogiéndose de hombros—. «Sólo puedo decir que el señor Joseph Harrison es un caballero en quien me negaría a confiar, ni bajo ninguna circunstancia.»

Percy Phelps se quedó perplejo.

—«La principal dificultad en tu caso radicaba en que había demasiadas pruebas. Lo vital se encontraba sobrecargado y oculto entre lo irrelevante. De entre todos los hechos presentados tuvimos que escoger sólo los esenciales y luego unirlos en orden para reconstruir esta cadena de sucesos tan extraordinaria. Ya sospechaba de Joseph, pues habías querido viajar a casa con él esa noche, lo que hacía muy probable que se presentara, conociendo bien el Ministerio de Asuntos Exteriores, en su camino. Cuando oí que alguien había estado tan ansioso por entrar en el dormitorio — nos contaste cómo expulsaste a Joseph al llegar con el doctor—, mis sospechas se convirtieron en certezas, especialmente porque el intento se hizo en la primera noche en que la enfermera estuvo ausente, lo que demuestra que el intruso conocía la casa a la perfección.»

—«¡Qué ciego he sido!»

«Los hechos del caso, tal como los he ido armando, son éstos: este Joseph Harrison entró en la oficina por la puerta de Charles

Street y, conociendo el lugar, se dirigió directamente a tu habitación en el instante en que la abandonaste. Al no encontrar a nadie, sonó la campana de inmediato, y en ese mismo instante sus ojos se posaron sobre el papel que reposaba en la mesa. Una sola mirada le mostró que el azar le había puesto en el camino un documento de Estado de inmenso valor, y en un instante lo metió en el bolsillo y se marchó. Pasaron unos minutos —como recordarás— antes de que el somnoliento dependiente te llamara la atención con el timbre, y esos minutos fueron justo el tiempo suficiente para que el ladrón pudiera escapar.

«Se dirigió a Woking en el primer tren, y, tras examinar su botín y asegurarse de que realmente tenía un valor inmenso, lo ocultó en lo que él consideraba un lugar muy seguro, con la intención de sacarlo de nuevo en uno o dos días y llevarlo a la embajada francesa, o a donde creyera que se podría obtener un buen precio. Entonces llegaste tú de repente. Sin el menor aviso, te sacaron de tu habitación, y a partir de ese momento siempre hubo al menos dos de vosotros allí para impedir que recuperara su tesoro. La situación para él debió haber sido enloquecedora. Pero al final creyó ver su oportunidad. Intentó irrumpir de nuevo, pero fue frustrado por tu vigilia. Recuerdas que esa noche no tomaste tu trago habitual.

«Creo que había tomado medidas para que ese trago hiciera efecto, y que confiaba plenamente en que estabas inconsciente. Por supuesto, comprendí que repetiría el intento siempre que pudiera hacerlo con seguridad. Tu abandono de la habitación le dio la oportunidad que deseaba. Mantuve a la señorita Harrison dentro todo el día para que no pudiera adelantarse. Luego, al darle la idea de que la costa estaba despejada, me puse a vigilar, tal como he descrito. Ya sabía que los papeles probablemente estaban en la habitación, pero no deseaba destrozr todas las tablas y zócalos en busca de ellos. Así que le permití tomarlos de su escondite y me ahorré una infinidad de problemas. ¿Queda algún otro punto que deba aclarar?

—¿Por qué intentó entrar por la ventana en la primera ocasión? — pregunté—, «cuando podría haber entrado por la puerta».

«Al llegar a la puerta tendría que pasar por siete dormitorios. Por otro lado, por la ventana podía salir al césped con facilidad. ¿Algo más?»

—«No crees, ¿verdad?, que tenía alguna intención asesina. El cuchillo solo era una herramienta» —preguntó Phelps.

«Puede ser», respondió Holmes, encogiéndose de hombros, «pero lo único que puedo decir con certeza es que el señor Joseph Harrison es un caballero en quien me negaría a confiar, bajo ninguna circunstancia.»

FIN

1. [El tratado naval - Arthur Conan Doyle](#)
2. [EL TRATADO NAVAL](#)

HITOS

1. [Portada](#)

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO
PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB